

EL LABERINTO Y EL HILO

LA RESERVA DEL ESPIRITU

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Vale la pena trasponer el viejo puente del Rímac para contemplar, en un cafetín del Jirón Trujillo, las obras pictóricas que un grupo de artistas jóvenes, que andan por la veintena y que apenas comienzan a vislumbrar la maravilla de la creación estética, ha reunido como homenaje a Armando Morales, el pintor nicaragüense que con sus cuadros visita nuestra ciudad. Es un ejemplo, ante todo, de que la llama de la poesía—esa que desprecian los utilitaristas, los prácticos, los siervos de la realidad aparente—crece entre nosotros día a día, pese a las dificultades, a la pobreza, al materialismo que campea. En la confusión de estos días, esos muchachos han entrevisto un camino y, lo siguen con un fervor digno de admiración y estímulo.

El espectador que llegue hasta el Café Marinello, que administra don Lino Roda, un comerciante a quien los negocios no han encallecido la sensibilidad, será ganado por éstos o aquéllos cuadros del conjunto, pero no podrá dejar de tener la misma impresión que el cronista. Esplende en la muestra, que la modestia del local complementa con su nota cotidiana y pintoresca de parroquianos populares que consumen bebidas y alimentos o comparten la tenaz charla amical, una autenticidad emocionante. Es que no se trata de aficionados, de "pintores de domingo", de individuos que tienen como pasatiempo o gracia el arte, sino que es una colección de obras que anuncian tanto una madurez espiritual individual cuanto una suerte de calidad colectiva que es parte del país, de la comunidad humana que somos, varía y contradictoria, mestiza y universal.

Los dos cuadros que firma Tilsa Tisushia, por ejemplo, encierran una honda expresión plástica: es una versión de la humanidad, que ingresa en el mundo interior de la figura rescatándolo del modelo o del recuerdo. En cambio, Alfredo Basurco posee una caligrafía casi abstracta que ya presupone el encuentro de un lenguaje adecuado al mensaje mágico que intenta descifrar por medio del arte. Valiente, por su audacia cromática, lo que expone Galdós, y espiritual hasta la sorpresa el dibujo de Vicente Zauñy cuyo autodidactismo maravilla. Los grabados de Pereira y las piedras de Alberto Guzmán son sesgos de la misma inquietud expresada con medios diversos puestos al servicio de un idéntico fin.

No todo, pues, es "romanticismo" entre los jóvenes de la nueva generación. Claro que uno se siente tentado a preguntarse íntimamente cómo es que estos seres se salvan de la corriente general, cómo remontan el torrente de la época y arriban a un vado donde la existencia es una aventura creadora, no una competencia comercial. Todos estos jóvenes, sin duda dueños de talento, podrían muy bien haberse dedicado a esas tareas lucrativas aunque opacas que absorben a las gentes cuyo único afán es poseer bienes concretos, comodidades, lujos, privilegios, etc. Y la respuesta es sencilla y edificante: el hombre no está totalmente corrompido, hay una reserva de espiritualidad que es la que da significación al habitante de la tierra ahora y siempre, aquí o en las antípodas.

El cronista quiere invitar a sus lectores a esta exposición sin estruendo ni pretensiones. Ahí es posible hallar un símbolo de la vida que, tal vez vacilante, débil, trémula o demasiado fresca aún, se levanta como un sol desde la tiniebla de la necesidad, la ignorancia, el interés y el desorden en que transcurrimos. Es asistir a una aurora, visión que, ayer y hoy, ha sido regalo de aquellos que supieron mirar más allá de los hechos transitorios y contingentes. Alguno de esos muchachos dará algún día, por supuesto, que hablar.